



JAVIER RUESCAS

**CROSS
BOOKS**

BASADA EN HECHOS REALES

QUE LO SÓ



JAVIER RUESCAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Javier Ruescas, 2024
Ilustración de cubierta de Sito Recuero
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2024
ISBN: 978-84-08-28843-5
Depósito legal: B. 7.462-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

DANI

¿Qué acaba de pasar?

¿Qué acaba de pasarte?

A ti, que creíste que nunca te sucedería algo así.

¿O más bien al contrario? Que sabías que, tarde o temprano, te llegaría el día. Que te lo estabas buscando. Que te lo advirtieron y tú decidiste ignorar las señales. Que era cuestión de tiempo, nada más.

Que te lo merecías.

Que te lo mereces.

Por haberte indignado. Por haber respondido cuando tocaba callar.

Con la de casos que hay... Lo mismo no es que no te pudiera suceder a ti, sino que no era el momento, sin más. Hasta ahora.

Pero es imposible.

Como en esa pesadilla universal en la que abres los ojos y de pronto te descubres desnudo en mitad de un salón lleno de gente vestida con sus mejores galas. La misma sensación irreal de que eso no debería estar pasando. No así. No a ti. No esta noche.

Solo que sí.

Y por eso, cuando pasa, no te esperas reaccionar de la única manera que habías sido incapaz de imaginar. Te quedas paralizado. ¿Te has rendido? ¿Es eso? Sería completamente lícito. Pero ¿es eso de verdad? ¿Dónde ha quedado la rabia que sentías hacía solo unos minutos, cuando ha empezado todo, cuando han llegado las primeras burlas, el «bombón», el «maricón»?

Lo intentas, pero tu cerebro no logra asumir lo que acaba de pasar. Como un vinilo rayado que salta cada pocos segundos en plena canción.

¿Qué es que han ganado ellos? Porque siempre ha habido un ellos. Un ellos y un vosotros. Tampoco hace falta que sigas fingiendo que no. Ya está, ya fue. Aunque te resistas a aceptarlo, parece que ha llegado el momento de asumirlo.

O, al menos, un tú. Eso sí, ¿no? Un tú que se niega a formar parte de ese nosotros. Que ha preferido ignorar el plural todo este tiempo. Porque tú no eres como los demás, ¿eh? Tú no eres un número, un dorsal, un arquetipo. Tú eres tú y tus circunstancias. ¿A cuento de qué siempre tienen que tratar de encasillar y generalizar y pretender que te sientas cómodo con ello? Ja. Eso es para los demás, pero no para ti. Lo tuyo te ha costado alejarte del rebaño, que no te reconozcan. Que no te marquen. A ti que te dejen en paz. Pero mira tú por dónde, al final te ha tocado.

¿Ha sido tu ropa lo que te ha delatado? ¿Tus ademanes? ¿Tu mirada? Imposible. Te has esforzado siempre para que eso no te defina. Para que desaparezcan esas señales. Y aun así...

¿Qué has hecho? Otro salto en el vinilo y vuelve la música. Te quema la mejilla.

Te quema como te quemó la cabeza del mechero que tus compañeros te pusieron en el hombro cuando tenías trece años y que te dejó una carita sonriente grabada en la piel.

No, espera, te quema distinto. La mejilla te arde. Pero también te arde el músculo que hay debajo, y el hueso, y hasta el alma, joder. Te arde tanto que ahora comprendes que es justo eso lo que te impide reaccionar. No entiendes esa llamada que devora tus pensamientos y tus emociones y tus ganas de gritar y también de quedarte callado. Lo devora todo y te convierte en nada. Por no ser, no eres ni tiempo. Tú, que creías haber olvidado esa sensación de miedo, de no encajar, de pedir perdón; ahí está de nuevo, tan cálido como los rescoldos después de un incendio sin extinguir. Es un fuego que se aviva con cada bocanada de aire que tomas y que se extiende desde tu cara hasta la última terminación nerviosa de tu cuerpo.

No estás paralizado: estás en tensión. Sientes que si alguien te toca, saldría despedido por un latigazo de energía, que se chamuscaría en un parpadeo; que si alguien te mirara directamente a los ojos, podrías fundirle las pupilas y el cerebro; que eres una bomba nuclear a punto de estallar y arrasar con todo y convertir en Godzilla a un pobre lagarto que no tiene culpa de nada.

Por eso te pilla tan desprevenido la lágrima.

Como si no fuera con ella la cosa, se escurre desde el rabillo del ojo hasta los labios. Pasa por la piel magullada sin importarles una mierda lo que acaba de suceder ni que seas una supernova a punto de acabar con el planeta entero. Se desliza en silencio y hasta tiene la osadía de colarse en la comisura de tu labio. Y lo hace de tal modo que no puedes ni ofenderte. Pero ¿de qué va?

Y a pesar de lo diminuta que es, tiene un poder estimulante sobre ti que no te esperas y que te devuelve al presente. Al ahora. Al dolor físico y a la vergüenza. Que reactiva los dígitos en los relojes de los móviles, porque dime tú quién sigue leyendo agujas. Te devuelve a la calle Clavel con Gran

Vía. A la madrugada del sábado. A las fiestas del Orgullo. Te devuelve a los gritos a tu alrededor. A las sirenas en la distancia. A las luces de los escaparates, de los semáforos, de las farolas y de los móviles que entran y salen de los bolsillos. Te devuelve al calor insufrible del julio madrileño y a la pesadez de la madrugada. También a sus ojos, que te miran preocupado.

—¿Estás bien?

Son las primeras palabras que reconoces, y mira que hay muchas a tu alrededor. Palabras de desconocidos, de amigos, susurradas, gritadas, en tono de advertencia, de angustia, de pena, de sorpresa, de morbo. Pero solo escuchas las suyas. O al menos solo eres capaz de centrarte en ellas.

—Dani, que si estás bien.

Respondes que sí. Pero no estás seguro de si lo has hecho con tu voz o con un gesto. Sí, espera, has asentido. Porque tu boca no se ha abierto. Ahora notas los labios apretados. ¿Cómo ha podido escurrirse la lágrima entre ellos?

—¿Qué hacemos?

Te lo está preguntando a ti. Algo vas a tener que responder. Pero ¿qué? ¿Qué se hace en estos casos? ¿Llorar? ¿Huir? Pues mira, resulta tan primario, tan animal, que de primeras parece la opción más lógica. La más apetecible. Llorar y punto. Te duele la mejilla, por lo tanto, es lo que toca. Llorar. Porque siempre has tenido la suerte de que, tras las lágrimas, ha llegado el abrazo, la caricia, el ya está y el todo irá bien... Pero de nuevo se impone la realidad y un bocinazo te recuerda que ya no estás en Ávila y que tu madre ahora mismo debe de estar dormida y arropada con una manta porque ella desde que la conoces ha sido muy friolera y le importa poco que sea verano porque siempre tiene frío y que no va a poder venir a consolarte. Que te las tienes que apañar solo. Y así, tan rápido como ha surgido, esa opción deja de tener sentido.

¿Qué vas a hacer, Dani?

¿Merece la pena hacer algo?

Tus ojos enfocan en la distancia, más allá de la marabunta de gente que se agolpa a tu alrededor, y te cruzas con la mirada de uno de ellos. No ha sido él, pero te da lo mismo, sientes algo más primario que la tristeza o la vergüenza, más incluso que el ansia de venganza: sientes miedo. Y entonces tragas saliva y con ella te tragas la lágrima que había tenido la osadía de escurrirse por tu mejilla. Te mira desafiante. O lo mismo preocupado. Pero no por ti, sino por él. Con lo que acaba de suceder, tiene poco sentido lo que tu instinto te dice: que teme lo que hagas a continuación.

Por eso está preocupado.

No por ti ni por tu mejilla, sino por él. Por su integridad. También en esa mirada hay una pulsión primitiva. Te mira desafiante, sí, pero como un animal poderoso que se sabe, de pronto, en desventaja ante su contrincante.

Acércate, si te atreves. Da el paso, valiente.

No utiliza palabras, basta su mirada, pero entiendes el mensaje porque no es la primera vez que lo recibes.

Así que, una vez más: ¿qué vas a hacer, Dani?

Apartas la mirada del tipo y te centras en los ojos que tienes delante. Los de Víctor. Que te miran con dolor, rabia e impotencia. Con amor.

Entonces lo decides. No. Esto no ha sido culpa tuya. Tú no te mereces lo que acaba de pasar.

Y aunque la adrenalina te hace sentir valiente, sabes que vas a dejar de tener el control sobre todo cuando dices:

ISA

—Quiero denunciar.

Lo has conocido esta misma noche, durante la cena, pero tienes que contener el impulso de abrazarlo. Se llama Dani y te recuerda a tu hermano, lo cual te hace sentir aún más vulnerable.

Y tú que pensabas quedarte en casa hoy, ¿eh?

Pero Carlos te convenció. Al final siempre te convence. Que te sentaría bien, te dijo. Que después de dos semanas sin querer ver a nadie, aquella cena en el Orgullo te animaría. Iba a ser algo pequeñito, distendido, te prometió. Y una parte de ti quiso creerlo. Pero ya conoces a Carlos: de lo que dice, el doble. No la mitad, el doble. Si te promete que vais a ser tres o cuatro, espérate una decena. Si te dice que va a tardar cosa de media hora, hazte a la idea de que la hora y cuarto no te la quita nadie, y si te asegura que estarás en casa para medianoche, amiga, lo sabes bien: no piensa dejarte marchar hasta que enciendan las luces y cierren el garito, ya de madrugada.

Parece como si tratara de contenerse siempre para no asustar a nadie o para que la sorpresa, buena o mala, eso ya depende de cada uno, sea aún más gorda. Y le da igual que

todos sus amigos lo tengáis calado: él insiste. Y vosotros seguís cayendo.

Ojalá por una noche, por esta noche, no hubiera sido así, ¿eh? Ojalá. Pero las cosas son como son y ya no hay marcha atrás. Y menos después de las palabras que acaba de pronunciar el chico.

—¿Estás seguro?

Es su novio quien le pregunta eso. ¿Álvaro? ¿Víctor? Eres lo peor para los nombres y siempre que alguien se presenta sucede tan deprisa que no retienes ni uno, y luego a ver cómo lo preguntas sin quedar como una maleducada.

Tú te acercas, pero no dices nada. Solo lo conoces desde hace unas pocas horas. ¿Qué le importará lo que tengas que opinar? Además, estás cansada y los tacones te están reventando los pies, y ahora el vestido te parece demasiado ajustado, demasiado corto. ¿Qué esperabas? ¿Ligar? ¿Por eso te has maquillado como una puerta? Como si no hubieras sabido de antemano que la mayoría de los invitados iban a ser gais...

¿O lo has hecho por si acaso te cruzabas con él, de casualidad, en mitad de la puta capital del país? Claro que sí, bonita. Porque eso es lo que suele suceder fuera de una serie de Netflix. Que tu ex aparece al doblar una esquina y se da de bruces contigo y de pronto ve lo guapísima que vas y entiende lo que se está perdiendo y te pide perdón por haberte puesto los cuernos con su compañera de la resi en el hospital y regresa contigo a casa para que volváis a intentarlo. Eso es. Y tú vas y le dices que sí, ¿no?

—No.

Uy. Se te ha escapado: lo has dicho en voz alta y los dos chicos se han vuelto hacia ti.

—Digo que no... puedes callarte —improvisas, y resulta hasta convincente—. Vamos, que sí, que haces muy bien en denunciar.

Ellos asienten y tú te sujetas el brazo, por vergüenza y por alivio más que por frío, que de hecho no sientes porque debe de hacer como treinta grados.

Carlos regresa con el grupo en ese momento.

—Se lo han llevado. Lo han metido en un coche y se lo han llevado. ¿Qué hacemos?

—Quiere denunciar —responde el novio de Dani. Víctor. Definitivamente es Víctor.

—Tendrás que pedirles su número de placa —comentas.

—No se lo van a dar —replica Carlos—. ¿Tú has visto cómo lo han sacado de aquí?

—Quiero denunciar —responde Dani, y sus ojos esta vez se clavan en la distancia.

Cuando sigues la mirada te cruzas con la de uno de los agentes y sientes un escalofrío.

—Vale, pues voy a preguntarles —contesta Víctor—. Tú quédate aquí.

Se lo ordena, pero también se lo ruega. Tiene miedo de que la situación pueda empeorar. ¿Más? Sí, más, porque con estas cosas nunca se sabe. Ya has visto lo rápido que se ha complicado todo en cuestión de un minuto.

—Voy contigo —dices, y Víctor te lo agradece con los ojos. Está asustado, como es lógico. Y tú también, no te hagas la valiente.

—Yo me quedo con Dani —dice Carlos.

Recortáis juntos los tres metros que os separan del control policial situado a la entrada de la calle Clavel. Contienes el impulso de darle la mano para no parecer aún más vulnerables. Tenéis que parecer duros, seguros, confiados. ¿Qué imagen estaréis proyectando ante los agentes? Sobre todo ante el que no os quita los ojos de encima. ¿Ha levantado una ceja? Sí, así es. Con chulería se incorpora sobre la valla amarilla tras la que hace guardia y espera a que habléis voso-

tros. A que hable Víctor, más bien. Porque tú estás de apoyo moral, claro.

—Queremos el número de placa de... su compañero.

—¿De qué compañero?

—Del que se ha marchado.

—Se han marchado varios, vas a tener que especificar.

—El alto y moreno, con el pelo rapado por los lados

—añades, y el agente se vuelve hacia ti para observarte con displicencia.

Podrías haber dicho: «El que le ha cruzado la cara a nuestro amigo», pero no te has atrevido.

Te hace sentir como una alumna que ha interrumpido a un compañero en clase. Te hace sentir chiquitita; como para no: el tamaño de sus brazos es dos veces el de tu cabeza.

—Alto, moreno... No me suena. ¿Tenéis alguna foto?

Os miráis. Os está vacilando. Sabe perfectamente de quién habláis. Pero os sonrío con calma. Con una calma que te enerva porque sabes que es fingida. Como la de un maestro ajedrecista que se divierte enfrentándose a un novato. Y lo peor es que no podéis hacer nada. No tenéis ninguna foto. ¿Por qué? ¿Nadie ha hecho ninguna? ¿En serio? Todo el día con el móvil en la mano y cuando más se necesita, ¿nadie lo tiene fuera?

—Pues... queremos su número —improvisa Víctor de pronto.

—¿El mío?

—Sí, el suyo. ¿Cuál es?

—¿Y por qué quieres mi número de placa? ¿He hecho yo algo?

—No, pero...

—Entonces ¿por qué me estáis pidiendo mi número de placa? Repito.

Esta vez te mira a ti para que contestes, pero tu mente se

queda en blanco, como cuando te pones nerviosa en mitad de un examen y se te mezcla el temario y eres incapaz de recordar qué tienes que poner. La misma sensación de impotencia. Y eso que hace años desde la última vez que te examinaste.

—Lo mejor que podéis hacer es marcharos a dormir la mona, que se os ve bastante perjudicados...

¿Perjudicados? Eso te indigna. ¡Solo habéis bebido un par de copas! Nadie está borracho.

—N-no, queremos...

De pronto se acerca otro compañero, con el pelo canoso, más bajito y con más experiencia. Tiene menos paciencia que el grandote y se le nota en el tono de voz.

—Ya os ha dicho que no toquéis más los cojones. ¿Queréis insistir con lo del número de placa? Pues a ver si nosotros vamos a insistir con todo lo que ha hecho vuestro amiguito hace un momento.

Os miráis, pero esta vez no hay ni un ápice de amedrentamiento en vuestros ojos.

—¡Nuestro amigo no ha hecho nada! —respondes.

—Te agradecería que a mí no me levantaras la voz.

¿Ves como todo puede complicarse? Y no en cuestión de un minuto, sino de décimas de segundo. Así que repites el comentario, esta vez modulando la voz.

—Si una agresión verbal a la policía te parece poco... —te responde él con la misma pasividad. Ojalá hubiera mostrado la misma su compañero unos minutos antes, ¿eh?—. Le pueden caer varios meses de cárcel.

—¿Perdón?

Víctor se mantiene con los labios apretados. ¿Y si tiene razón? ¿Y si por querer solventarlo metéis a Dani en un lío más gordo? Será mejor que os alejéis.

Sí, es lo más sensato, y se lo haces saber a Víctor con un disimulado pisotón.

El chico te vuelve a mirar y asiente. Tú respiras, aliviada. Quieres volver a casa. Desmaquillarte. Quitarte este vestido que ahora te parece ridículo. Dormir y olvidar los últimos minutos. La última noche. Las últimas dos semanas.

Ojalá Nando no te hubiera dejado.

—Isa, vamos.

Te alejas del control policial y vuelves junto a los demás. Ya no hay gente a vuestro alrededor. Solo quedáis vosotros. ¿Por qué no te marchas tú también? Lo podrías haber hecho con cualquier excusa. Nadie te habría dicho nada... Nadie salvo tú, probablemente, al despertar.

—Que no nos lo dan —informa Víctor—. Que podemos empeorarlo si insistimos.

Todos miráis a Dani, algunos con lástima, otros con vergüenza. Tú sabes cómo lo miras y te mata reconocerlo: con ansia de que lo deje estar, de que se rinda, de que os anime a marcharos a casa. Que ya es tarde. Que en el fondo no ha sido para tanto. Pero sabes que sí lo ha sido, igual que también sabes lo que va a decir incluso antes de que abra la boca.